

Escribe:  
Alberto  
Flores  
Galindo



## PERU ENTRE DOS CRISIS (I)

**S**e discute si la actual crisis es más grave que la de hace cincuenta años. Dejando a un lado los indicadores económicos, resalta una diferencia: la crisis del 30 fue el marco para nuevos rostros en la escena nacional, varió sustancialmente el estilo político (trasladando las luchas del cuartel o el salón oligárquico a las calles) y por encima de todo significó una ampliación en el horizonte del país. El cambio parecía posible. Emergía la esperanza. Todos los que querían transformar esta sociedad se proyectaban hacia un futuro que imaginaban socialista, aprista o comunista. Parecía posible la salvación del Perú. Demasiado lejanos quedaban esos años desalentadores que siguieron a la Guerra del Pacífico.

Muchos esperan (o esperaron) una reedición de los años 30 en la década de 1980. Llegaron todavía a imaginar una historia feliz, donde, a diferencia del pasado, el comunismo (la izquierda en su más amplio sentido) pasaría a ocupar el lugar que antes tuvo el aprismo, congregando a las grandes masas, apareciendo como alternativa nacional. Se razonaba bajo la más pura inspiración economicista. Crisis equivalía a revolución. Se olvidaba que los años 30 habían producido también la Unión Revolucionaria, en el Perú, y el nazismo en Europa: Pobreza y miseria, de esta manera, no conducen siempre a la revolución. Ni siquiera las huelgas derivan sólo de un alza en el costo de vida.

En efecto, desde una huelga hasta una insurrección, el camino aparece signado, desde el inicio, por el convencimiento de que es tan deseable como posible variar colectivamente las condiciones de existencia. Tiene que anularse la fragmentación de la conciencia social. No basta con consignas. Tampoco con rigurosos análisis. Se requiere algo más difícil de alcanzar: que las ideas salgan del estrecho círculo de algunos pensadores, para volverse pasiones colectivas. Vislumbrar así una sociedad diferente.

Para Haya de la Torre, en 1928, la esperanza era la instauración de un liderazgo mesiánico, la aparición de un caudillo capaz de conducir a la Nación; para Mariátegui, la esperanza se

confundía con la elaboración de un mito, una idea colectiva que se encarnaba en las multitudes. La revolución desde arriba y la revolución desde abajo. Para ambos, la política —en esos años finales del oncenio leguista—, era ante todo una pasión.

Esta es la mayor carencia en la década de 1980. Tenemos crisis sin esperanza. A su vez, es el mejor respaldo del régimen belaudista. Como ha señalado Pablo Macera, la reaparición de Fernando Belaunde, luego del reformismo militar, equivaldría a una reelección de José Pardo en 1931. La vuelta al pasado. Intento de restauración oligárquica. Pero, como decíamos, la mejor defensa de este proyecto es que no existe otro. Lo peor es que quienes esgrimen este argumento, tienen razón. Porque un proyecto nacional no consiste en que, por un lado, algunos diputados y ciertos economistas de izquierda elaboren propuestas y, por otro lado, ocurran huelgas. El proyecto son las masas, con las ideas y son las pasiones colectivas: no la suma, sino la fusión.

Esta perspectiva desalentadora debe ser mayor para aquellos que recién llegan al mundo de la política. Esa mayoritaria población del Perú que acaba de cumplir los 18 o los 20 años, para los que el estéril ejercicio del voto, ha ido acompañado con la carencia del empleo, la imposibilidad de insertarse, aunque lo deseen en el sistema vigente.

Aquí se emplaza ese nombre con resonancias mágicas y milenaristas que es Sendero Luminoso: combinación desconcertante —elaborada quizá al margen del proyecto consciente de sus líderes—, entre el mesianismo andino y el marxismo más dogmáticamente elemental. Estilo primitivo y autoritario de encarar la revolución. Los "crímenes" o "ajusticiamientos" —según la postura que se adopte— encuentran su explicación no tanto en un entusiasmo desorbitado por la violencia, como en el afán de conseguir un férreo control sobre los territorios que irían liberando. Esa versión del marxismo se plantea como única alternativa posible; no admite disidencia alguna, ni a izquierda, ni a derecha. (Continuará).



Escribe:  
Alberto  
Flores  
Galindo

## PERU ENTRE DOS CRISIS (III)

Entre 1930 y 1980 el país ha cambiado. Pero ¿qué tanto ha cambiado? En 1930, escribiendo el prólogo a **El Amauta Atusparia**, Mariátegui afirmaba resueltamente que el rejón no derrotaría a la República; con él habría concordado Haya de la Torre, confiando en la modernidad de las clases medias y los comunistas alentando a la naciente clase obrera. Pero ahora, unos supuestos discípulos de Mariátegui —los únicos seguidores del Amauta, como se autodefinen— reivindican al rejón. Desde el lugar más apartado de los Andes quieren cambiar el curso de la revolución mundial e imaginan que, partiendo de la dinamita, pueden derrotar a uno de los ejércitos más modernos de Latinoamérica.

¿Utopía absoluta? ¿Ideas disparatadas de algunas mentes alucinadas? Resulta sintomático que, sin mediar evidentemente ninguna coordinación previa, las acciones de Sendero hayan sido acompañadas con la publicación de una obra de teatro donde Julio Ramón Ribeyro, a través de uno de sus personajes, realiza una especie de elogio de la dinamita: **Atusparia**; paralelamente, Mario Vargas Llosa redescubría a un personaje mesiánico del nordeste brasileño, el Consejero, que recorrió esos parajes anunciando la proximidad de un reino milenarista. Al parecer el novelista ignoraba que el Consejero habitaba todavía entre nosotros.

Todo movimiento milenarista —tanto los de Brasil como los de Europa— tiene su "talón de Aquiles" en esa confianza ciega en sus propias fuerzas. El triunfo parece seguro desde el inicio. Es el sustento de una férrea convicción, pero esta mística conducta a acciones más audaces, que terminan por arrastrar a una derrota final. Norman Cohn ha referido esta mezcla de heroísmo y de tragedia en los seguidores de milenio. Es evidente que una estructura mental como la que referimos puede articularse con un marxismo que se reduce a ciertas formas rituales, a la repetición incesante de consignas. Religiosidad y autoritarismo parecen confluir. De allí que no sea aventurado pensar en alguna relación implícita entre el marxismo lumino-

so y la proliferación de "sectas" que anuncian el fin del mundo, una tierra prometida en la selva, la resurrección de comunidades cristianas o curaciones milagrosas. Crispaciones espirituales producidas por la crisis. Signos de un país que parece a la deriva, pero que busca con ansiedad una alternativa, en el cielo o en la tierra.

Dejando a un lado la discusión sobre el porvenir de Sendero, lo cierto es que contribuye aceleradamente a polarizar la situación política. Mientras algunos, todavía sectores aislados y minoritarios, parecen seducidos por la violencia (digamos, más bien, la acción directa) para encontrar alguna salida, otros reclaman la más dura represión. El Centro amenaza con quedarse vacío. En el clima de desaliento imperante, se esboza un cierto menosprecio hacia las instituciones de la democracia burguesa. La prolongada interpelación parlamentaria ha servido sólo para avalar estas interpretaciones. Sin defender a una democracia que termina por convertir al voto en un cheque en blanco, parece que en la sociedad peruana queda poco lugar a quienes imaginan posibles alternativas no autoritarias.

¿Es realmente tan estrecho el horizonte del país o estas líneas, más que una constatación, están sólo dictadas por un extremo pesimismo personal? Nos haría falta reconciliar la política con la imaginación, idear y proponer la posibilidad de un socialismo no autoritario, navegando contra corrientes demasiado fuertes que fluyen tanto desde el Perú, como desde otras latitudes (Camboya antes, Polonia, hoy). De lo contrario, carentes de un juego propio, muchos acabaríamos repitiendo a esos criollos del siglo XVIII, angustiados, dubitativos e inciertos, emplazados entre la crítica al colonialismo inherente a toda alma ilustrada, y la violencia campesina que se desplegaba en el sur andino (saqueo de haciendas, destrucción de obrajes, quema de iglesias). Por entonces circularon en Lima unos versos reveladores: "Si vence Túpac Amaru/ malo, malo/ Si el Visitador/ peor, peor, peor". Alberto Flores Galindo.